

1

Lo que puede un  
empleo.

---

Tea 1-123-6, A

Comedia en dos ac-  
tos

---

Acto 2<sup>o</sup>

---

La que sigue en  
los

---

Comunicación de  
Ayuntamiento de Madrid

---

Acta de

---

## Acto 2º

## Escena 1ª

Don Teodoro.

Teod. Dormir!...; dormir!...; estando enamorado y con pocas esperanzas! No era posible Teodoro; ni vivirás ya tranquilo, mientras no estés seguro de llamar esposa a tu Carlota... Qui' hará en este instante? Quirá ahora mismo su padre la está reprotendiendo, y ella



te está jurando no volver  
á hablarme, olvidar tanto  
amor....; Qui' injusto soy!

Pero, ¿cuando no se halla  
inquieta un amante? Qui'  
estará haciendo?... Si pu-

diera verlo... Allí está... ¡y

que hermosa! parece algo <sup>acerca  
de la  
puerta y  
mirapob  
a guisa de  
la llave</sup>

pensativa... Yo me determi-

no á llamarla: seguramen-

te su padre y su incómodo

acompañante estarán dur-

miendo en la alcoba inme-

diata... nada me detiene. <sup>¡Vá!</sup> <sup>esto</sup> <sup>qu</sup>

Escena 2ª

Don Teodoro. Doña Carlota  
abriendo la puerta.

Car. ¡ Teodoro!

Teod. Sal, amor mio, sal al instan-  
te....

Car. Si despierta mi padre...

Ayuntamiento de Madrid

Teod. Banta timidez se avviene mal  
con el mucho amor: quizá en  
otro tiempo no hubieras temido  
tanto la reprehension de  
tu padre.

Car. Está tan colérico estos dias saliendo  
del cuarto  
tan irritado contra ti...



Teod. Y por eso su humilde hija cree que no cumple con sus deberes, si no se muestra esquivada con su infeliz amante...

Car. ¿No me basta sufrir el ceño de mi padre? ¿Quieres también afligirme con injustas reconvenciones en vez de consolarme y de sostener mis esperanzas? Me parece que siento pasos...

Teod. No tengas cuidado; es mi padre.

Escena 3ª.

Dichos, Don Luis.

---

Luis. Esto es lo que á mi me gusta: ver á los jóvenes tan bien avenidos. Y luego que los padres se rompan la cabeza trazando planes; que riñan muy serios; que se opongan... ¡Muchachos y con amor? No hay mas que dejarlos.

Feod. Hacía un momento que nos hallabamos aquí...

Luis. Ya... el calor del cuarto los ha echado á ustedes fuera...  
No es así?



Carl. Pues mire usted, hace un calor como si fuera una siesta de Agosto...

Lui. Tambien los disgustillos lo habrán hecho mas insufrible; pero no es lo raro que ustedes no hayan dormido, que al cabo son las partes interesadas, se quieren mucho, y están en todo el fuego de la pasión y de la juventud. Pero yo, pobre de mí, que me acorté para sosegar un rato, y no he podido descansar mi un instante, acordando me de dos tristes enamora-



dos. Y diga usted, que ya debia haberse me olvidado lo que son estos cuidadillo, de amor; pero nada de eso; yo parecia el novio, cavilando y dando vueltas; proyecto por acá, proyecto por allá... y todo; para qué? bien, que no es una friolera, hacer dichosos a' dos amantes, y desengañar a' un hombre de bien alucinado.

Ayuntamiento de Madrid

Leo. ¿Podremos esperar?

Lui. Y muy pronto

Car. En usted tengo otro padre; me querrá usted como a' hija?

Ayuntamiento de Madrid

Lui. Si Carlota mia, viviras fe-  
lix y haras menos penoso  
el último resto de mi vida.

Tu buen padre gozará tam-  
bien esta fortuna....

Carl. ¡Ay Señor!

Lui. No hay porque suspirar, un  
desengaño bastará para vol-  
verlo á la razon, y yo me  
encargo de la empresa. Me  
parece, señores enamorados,  
que hago bien el papel de  
confidente, por ustedes no du-  
ermo, por ustedes salgo con  
todo el peso del sol.....

Leod. ¡A qué vá usted, padre mio?



Luis. Esa es mucha curiosidad, un poquito de paciencia, y confianza en mí. Pero ante todo: ¿cuál será el premio de todos mis afanes?

Car. Gratitud y amor por toda la vida.

Ayuntamiento de Madrid

Luis. Y me basta: nada más apetezco.

Teod. ¿Pero podremos saber?...

Luis. Ustedes podrán detenerme; pero quizá se malogre todo.

Teod. Vaya usted con Dios padre mío.

(con suma viveza)

Ayuntamiento de Madrid

Lui. ; Qué prisa te das para des-  
pedirme!...

Teod. Yo porque tarde usted me-  
nos, y vuelva antes....

Lui. Ya te entiendo: a' Dios, hi-  
jos. Cuidado no sorprenda el  
señor don Fabian a' los po-  
bres novios; eche su reprehen-  
sion a' la niña, y descargue  
una nube de piedra sobre el  
liberal enamorado.

---

Escena 4<sup>a</sup>

---

Don Teodoro. Doña Carlota.

---



Par. ¡Cuánta bondad!

Med. Tengo en mi padre el mejor de los amigos: ¿quién no sacrificaría hasta la vida por un padre semejante? Si alguna vez mi ligereza y mis pocos años me extravían, tengo de reprehenderme con aspereza, ni de castigarme con el rigor de un tirano; me desengaña, me muestra la razón, me obliga a avergonzarme yo mismo de mis defectos, y a corregirme por mi propio interés. ¡Ah! qué

pocos hijos habria malos ni  
desgraciados, si fueran todos los  
padres tan prudentes!

Par. El mio es sumamente bonda-  
doso, y me ama en extremo:  
ya sabes cuan feliz era en  
su compañía, admirando si-  
empre su corazón compasi-  
vo. Nunca le vi irritado;  
nunca dejó de darme cuan-  
tos gustos apetecia; y por úl-  
timo, me concedió el que mas  
anhelaba mi corazón, que  
era ser tu esposa... Solo ese  
egoísta pudiera haber mu-



Dado su carácter, hasta el punto de hacer que mire con desconfianza á una porcion de gentes, que se haya entibiado la amistad que profesaba á tu padre, y que se oponga á nuestra union apetecida.

Ayuntamiento de Madrid

Ed. Constançia, Carlota; que me corazon leal me está anunciando que van á cesar nuestros disgustos.

Carl. El mio, por el contrario, se halla cada vez mas inquieto; quizas estas tú mas tran-

Ayuntamiento de Madrid

quilo, porque me amas me-  
nos.

Yeo. ¿Dolvemos á los rebillos?

Car. Quando se desea con ansia  
una cosa, parece imposible  
que se ha de llegar á con-  
seguirla.

Yeo. Tengo tanta confianza en mi  
padre!

Car. En nadie debe confiar un a-  
mante...

Yeo. ¿Ni en su querida?

Car. Ni en su querida, quando no  
te tenga el amor que yo á  
ti.

Yeo. Todas dicen lo mismo....



Par. Pero no dan tantas pruebas.

Heo. ¿Has oido?

Par. Si: se han levantad; vete;  
por Dios... Si nos enmen-  
tran juntos...

Heo. A Dios; no me olvides...

Par. Es inútil tu encargo: vete:

Heo. No me olvides ni un instan-  
te....

Par. Que van á salir...

Heo. A Dios vida mia.

vase prontamen-  
te á su cuarto.

Par. Me parece que me lo han  
de conocer en la cara.

Escena 5ª

Doña Carlota. Don Fabian  
Don Meliton.

---

Fab. ¿Qué hacías aquí, Carlota.

Car. Oí un gran ruido de campanas  
Mas, como de coche de colleras,  
y salí por ver lo que era. la  
curiosidad.

Fab. Por curiosear se han perdido  
mas de cuatro niñas

Car. Pues bien, no volveré a aso-  
marme aunque se trinda la  
posada.

Fab. Con qué sigas la llave del  
cuarto inmediato no podrás



contenerse. No hai que poner  
la cabeza de novicia, ni hacer  
te la mogigata: ¿te parece  
que no conozco lo enamorada  
que estás de Teodoro?

Par. Nunca le hubiera dado entra-  
da en mi corazón, si usted no  
hubiera consentido y aun aplau-  
dido nuestros amores: si habien-  
do encontrado en él las mejo-  
res prendas, y arraigado nues-  
tro cariño con el continuo  
trato, quiere usted que le ol-  
vide, esige de mí que sea vici-  
dora é inconsecuente; si me

manda que finga indiferencia,  
quando estoi mas enamorada,  
me precisa á ser hipócrita y  
embustera.

Fab. Bravo, Señora doctora. Habrá  
usted quedado tan hueca con  
su parrafito de filosofía? No  
se ha perdido el tiempo al la-  
do del Señor liberal... Esto  
es lo que yo digo, Señor don  
Meliton; hasta á las muje-  
res ha llegado el contagio  
de estos malditos tiempos: con  
cuatro novelas y versillos, ya  
las tiene usted hechas unas



11  
bachilleras, charlando como co-  
torras, y mandando billetes á  
sus queridos, que merecen po-  
nerse de estampilla... ¡Ay ami-  
go! ¡Que tiempos los antiguos!  
Ninguna escribía dos renglo-  
nes á su novio, aunque la  
mataran; porque sus padres  
habían tenido buen cuidadito  
de que no supieran tomar  
la pluma en la mano, ni  
conocieran el A. B. C. Pero  
ahora, ahora!... Ya ha oído  
usted el párrafo liberal, que  
si hubiera nacido en otra

época, estaría haciendo un  
dechado en la amiga.

Mel. No tiene usted porque enfa-  
darse: esta señorita es muy  
dócil, y no hará mas que lo  
que usted le mande. No es  
traño yo que Carlota no co-  
nozca los poderosos motivos  
que obligan á su padre á  
separarla de ese joven, pre-  
ciado de sabio. Las ideas li-  
berales tienen un aparen-  
te brillo, que oculta el ve-  
neno, y las hace agradables  
á los incautos, estendiendo su



seduccion hasta al bello seso.  
 Pero los que, por nuestra  
 edad y vastos conocimientos,  
 sabemos quitarles su postu-  
 ro oropel, y descubrir lo per-  
 nicioso de esas doctrinas, que  
 solo contribuyen á favorecer  
 la carne y la sangre, y á  
 convertir en república has-  
 ta el imperio del gran Mo-  
 gol, debemos desengañar á  
 los seducidos, y aconsejar á  
 los padres.....

Hab. Yo doi á usted mil gra-  
 cias por sus buenos conse-

jos; que si no ha sido por  
ellos, me dejó llevar de mi  
boberia, doi mi hija a un  
atolondrado liberal, y al ca-  
bo de una docena de años  
me encuentro la casa llena  
de nietosuelos liberalitos, ca-  
paces de revolver un mun-  
do.; Bonita la hubieramos  
hecho! Tú tambien, Carloti-  
ta, debes dar las gra-  
cias a nuestro sabio amigo,  
y tener presente lo que a-  
caba de decir magistralmen-  
te sobre los malos efectos  
de las ideas liberales.; Lo has



entendido bien?

Carl. ¿Yo?

Lab. ¿Yo? Si, señora, usted; que siempre me estáis quebrando la cabeza, hablando por los codos; y cuando es menester, te estáis callada como una muerta.

Ayuntamiento de Madrid

Carl. Pero, si yo no entiendo nada de carne y de sangre, ni de oropieles, ni venenos, ni de ninguna de esas cosas liberales... Yo queria a Teodoro, porque me gustaba, y le hallaba muy come-

Ayuntamiento de Madrid

Dido en su conversacion, y me parecia muy hombre de bien, y me decia que me queria tanto, y que seriamos tan felices.....

Fab. Otra y otra y, con dos mil diablos!

Carl. Si usted se enfada mentire.

Ayuntamiento de Madrid

Fab. No quiero que mienta usted, sino que sea obediente como Dios manda.

Me. Me parece que estariamos mas cómodos, sacando unas sillas.....

Fab. Dice usted bien; que en

Ayuntamiento de Madrid



el tal cuarto estamos ahoga-  
 dos; y aqui respiraremos mas  
 libremente. Pero, no se inco-  
 mode usted. Ya sabes lo <sup>va' D. Meli-</sup>  
 mucho que te quiero y <sup>ton por las</sup> la cartota  
 que toda mi vida no he  
 trabajado, sino para hacer-  
 te feliz. Si <sup>Ayuntamiento de Madrid</sup> quieres darme  
 quito, y mostrarme tu cari-  
 ño, trata con el mayor res-  
 pecto al Señor Don Meliton,  
 y escúchalo como a' un ora-  
 culo. ¿Estás?... y no, que con  
 ese silencio, era cabeza baja,  
 y la carita avinagrada,

me estas quemando la sangre.; El Diabre de estas muchachas parece que estan tambien de revolucion!

Car. Si no me ocurre nada que decir....

Fab. Salias un potosi, para entrar en Cartuja!

Car. Bien; me esforzare....

Fab. Cuidadito conmigo, que no soy todo miel; y si llego a enfadarme, habra fiesta de toros.

Ahora pegaba bien un sermoncito que la tengo mas blanda que un guante, y po-

Jaca de  
liton tr  
has

a J. Meli  
en voz vaj



demos convertirla de un todo.

Mel. Descuide usted

Tambien en  
084 caja

Ab. Lo que hemos hablado mu- <sup>sientanse</sup> <sub>todo</sub>

chas veces: las niñas no quie-  
ren creer que sus padres dese-  
an lo mejor para ellas, y  
saben lo que les conviene: na-  
da de eso: llega un jovencito  
almidonado, les hace cuatro  
señajos, dice cuatro secretillos, su  
suspiro al canto y si es me-  
nester una lagrimita, y ya  
tenemos a las muchachas ra-  
biando por casorio. Se ha pu-  
esto el mundo de manera,

Ayuntamiento de Madrid

que es menester morirse.

Mel. No es eso lo peor; sino que  
creo que hasta las mugeres  
se van volviendo liberales.

Fab. Prodigas, debia usted de decir.

Mel. Y si las mugeres se ponen del  
bando contrario, no hay reme-  
dio; triunfan los liberales, y  
quedamos frescos.

Fab. Por eso urge mas el desenga-  
ño; y no dormiremos sobre  
las pajas.

Mel. Ya tengo preparada una di-  
sertacion, con notas en latin,  
en que pruebo usque ad evi-



Sentiam, que todos los liberales huelen á azufre: y que la muger que se casa con uno de ellos, aunque tenga un pilon de agua bendita junto á la cama, está espuesta á que una noche se la lleven las brujas.

Par. Las brujas... Ha, ha!; Está usted en su juicio? Eso se dice para asustar muchachos.

Mel. Se conoce, Señorita, que no las ha visto usted, como una tía mia, que murió de noventa y seis años: mil veces

se lo vi contar; y que sino  
hubiera sido porque les des-  
cubrieron el nido, y quemaron  
a seis docenas, hubieran vola-  
do brujas como mosquitos.

Carl. Todo eso sera verdad, pero yo  
no lo creo.

Bab. Palla, niña; que nosotros no  
tenemos talento, para meter-  
nos en tantas honduras; y  
cuando el señor Don Meli-  
ton lo dice.....

Mel. Yoma, si lo digo! y lo voy  
a imprimir en llegando  
a Cadix, con cada letra co-  
mo un panecillo. Y que



vengan los liberales á disputarse las conmigo! que á la primera rociada que Uven no les he de dejar hueso sano.

Fab. Mucha falta hace usted por allá; es menester atacarlos de firme.

Ayuntamiento de Madrid

Mel. Capax soy segun me siento inflamado, de confundirlos á desvergüenzas.

Fab. Metralla en ellos; y no darles cuartel, hasta que pidan perdon.

Mel. Perdon! ya voy: hasta ver-

Ayuntamiento de Madrid

los fritos... Por eso me alegro  
Señorita, de la prudente deter-  
minacion de su padre de us-  
ted, que le ha libertado de  
verse mañana en un apuro.

Teodoro parece buen mucha-  
cho; que al cabo, yo no soy  
amigo de hablar mal, ni de  
quitar la estimacion al próxi-  
mo. Pero no es todo oro lo  
que reluce; esos principios á  
la moderna van corrompien-  
do insensiblemente el coraxon;  
y podia usted, quando me-  
nos pensase, encontrarse ga-  
to por liebre.



Gab. Eso mismo es lo que yo digo.  
 ¿Me darás quito en todo? Daya,  
 no hay para que afligirse;  
 tú tienes juicio; y no me da-  
 ras que sentir. Pero el plo-  
 mo de Juan tarda mucho  
 en traer las cartas; en qué se  
 habrá detenido?

Gal. ¿Lo ha mandado usted por  
 ellas?

Gab. En cuanto acabamos de co-  
 mer.

Mel. Pues, si lo acabo yo de ver-  
 tendido, en el banco de aden-  
 tro, roncando á pierna su-

ella!

Fab. No hay que encargarte nada; hasta que duerma los dos cuartillos de tinto, es hombre perdido. Juan! Juan! Levántate acerca la puerta  
¿No te has de levantar hasta mañana?

---

Ayuntamiento de Madrid

Escena. 6<sup>a</sup>

---

Dichos. Juan.

---

Juan. Me habia quedado un poco vencido del sueño, con el humillo de la comida.

Ayuntamiento de Madrid



hab. con el humero de las botellas.

Alfin, ¿no has hecho lo que te mandé? Y yo, esperando las cartas con mucha paciencia.

Esto es lo que sucede en teniendo criados antiguos, y que toman mucha confianza. Lo mando por las cartas, no va; lo envio esta mañana a llamar a Don Luis, y se está por esas calles asta las tantas, sin acordarse de comida, ni de nada del mundo.

Juan. Paga, Señor; que no parece

sino que me entretuve en la  
taberna ó en alguna cosa  
mala! Sea, usted, Señor Don  
Meliton, que me arrimé al  
corro de noticias en que es-  
taba Don Luis; que al cabo,  
á todos nos interesa saber  
si se matan franceses; y allí  
se me pasó la hora; oyendo  
cosas buenas. Decían aquellos  
Señores que las Cortes ha-  
bian mandado que á na-  
die se ahorcase; porque to-  
dos somos hijos de Dios, y de  
carne y hueso, y por ser  
pobres no nos habian de



colgar, como a' perros; y que  
 a' ningun infeliz lo pudrie-  
 ran en la cárcel por friste-  
 ras; ni lo descoyuntasen en el  
 podro como hacian antigua-  
 mente; y que en adelante,  
 los reyes no harán en Es-  
 paña, sino lo que sea justo  
 y regular, conforme Dios man-  
 da.....

Kab. ; Acabará's esta tarde? Que en-  
 tiendes tú de esas cosas, maja-  
 dero?

Qua. ; Y eso que tiene que enten-  
 der? Lo bueno se está' cayen-

do de su peso: y lo que á  
uno le tiene cuenta, no nece-  
sita muchas retóricas para  
entenderlo.

Fab. Anda, ve por las cartas, y  
vente al instante.

Jua. Si oigo hablar de las Cortés, <sup>(Yendo)</sup>  
no vuelvo en dos horas.

---

Escena 7<sup>a</sup>.

---

Dichos, menos Juan.

---

Mel. Esto es lo que tienen las  
ideas liberales: las gentes



simples, que no ven las cosas sino por el forro, creen que es lo mejor del mundo lo que á ellas les acomoda. El pueblo es el mismo en todas partes; y si no se le ata corto, se quiere subir á las barbas.

hab. Es el fruto de las filosofías, de las constituciones, y de toda esa barahunda: y en el mundo siempre ha habido pobres y ricos; y ni los dedos de la mano son iguales; y allá van leyes do quieren reyes. —

Mel. No señor, que ya los moder-  
nos quieren señalarles hasta  
lo que deben gastar, que no  
parece sino que son niños  
de escuela y necesitan tutores.

Kab. ¡Heregias como las que se  
oyen en estos tiempos!

Mel. Pues no lo quiere creer  
la gente: y se burla de los  
que lo decimos. Porque dije  
yo el otro día en la plaza  
que el rey es señor de vi-  
das y haciendas, por poco  
me silvan: ahora la que  
está de moda es la señora  
ley: todos deben ser juzga-



dos conforme á la ley: los  
reyes deben gobernar arregla-  
dos á la ley... ¡Malditas se-  
an las leyes, amen!

Rab. Otro, por si falta: amen: Pero  
¿á qué volvera el postema de  
Juan, sin ir á lo que te he  
enviado? Juan de dos mil sal-  
tos; no vas al correo?

Escena 8<sup>a</sup>

Dichos. Juan.

Tua. Si el cartero ha traído las

cartas; para usted no hay  
mas que está, que me la ha  
dado al salir la moza de  
la posada.

D. Fabian to  
la carta y an  
sa el sobre

Fab. Si hubieras ido por ellas  
hace, dos horas.....

Jua. No hubiera ganado un par  
de cuartos el pobre cartero.

vase

Fab. Pues no conozco la letra  
veamos lo que dice:

D. Fabian  
sa en los a  
teos y la

"Cádiz 31 de Marzo de 1842  
Señor Don Fabian...y tal.  
Muy señor mio: aunque no  
tengo el honor de haber co-  
nocido á usted, lo que me  
seria de mucha satisfacion,



por las noticias que me ha  
dado mi intimo y sabio a-  
migo Don Meliton...

Don Meliton se  
levanta y se ar-  
riba a leer.

Mel. ¿Que dice de mi? Será  
algo bueno, lea usted, lea us-  
ted...

Hab. "Amigo Don Meliton... que Lee  
me escribió venia en compa-  
nia de usted a esta ciudad,  
y que recomendaba sus pre-  
tensiones..."

Mel. Esta usted ya muy torpe pa-  
ra leer; yo la leeré mas apri-  
sa. ¡Ay, Dios mio! Del Señor  
Don Cosme! ¿Que bueno que

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

era aquel caballero!" Sus Lee  
pretensiones, lo he hecho con  
tal eficacia, conociendo su mu-  
cho mérito, que á pesar de  
lo revuelto de todo, se han ser-  
vido nombrarle... ¡Ay, Dios  
mio!... Sesenta mil de pico!  
Y con excelencia! Excelentísi-  
mo Señor!

Bab. Señor Don Meliton, ¿que le  
ha dado á usted? ¿Ha perdi-  
do el juicio?

Mel. No me detengo en nada, aun-  
que no haga viento; ¡por vi-  
da del poniente!... Me voy á  
Ládir corriendo... quiero cum-



plir con mi obligacion. . . . Mis  
sesenta mil! . . . ; Mis sesenta  
mit! . . .

Kab. Acabe usted de sacarme de  
cuidado. . . ; qué dice la carta?

Mel. Ya las cosas se van arreglan-  
do, y se echa mano de los hom-  
bres de merito. . . Soy á ver  
la velata: quizá ha empeza-  
do ya el levante; y yo enton-  
ces no me detengo por usted  
ni por nadie.

Kab. ¿Quiere usted decirme lo que detenien  
dote  
es?

Carl. Parece que al Señor Don

Meliton le ha picado la tarantula...

Mel. Sesenta mil tarantulas son las que me han picado.

Saya, oiga usted. Conociendo <sup>que</sup> su mucho merito, que a pesar de lo revuelto de todo, se han servido nombrarle individuo del tribunal supremo protector de la libertad de imprenta; con tratamiento de excelencia, y sesenta mil reales de sueldo, por lo apurado de las circunstancias. Lo cual me ha servido de mucho contento, por haber yo



dado todos los pasos; y sabien-  
 do por dicho señor que quizá  
 se defendrian ustedes en Ali-  
 cante, para evacuar asuntos  
 propios, me he tomado la li-  
 bertad de dirigir a' usted estas  
 cuatro letras, deseo de que  
 llegue cuanto antes, la agra-  
 dable noticia al Señor Don  
 Meliton, a' quien no las di-  
 rijo por ser usted persona  
 mas conocida en todo levan-  
 te, y con menos peligro de  
 que se extravie la carta. Con  
 este motivo, me ofrezco a'

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

la disposicion de usted, deseo  
so de que apresuren su via-  
ge. B. Cosme Lugarramurdi."

Fab. ¿Y quien es ese caballero tan  
revesado?

Mel. ¡Conque no oyó usted á Don  
Luis los favores que recibia  
yo en Madrid de ese caba-  
llero, ¡que hacia entonces y  
está haciendo ahora un gran  
papel!

Fab. Pues aunque haga mas pa-  
pel que siete batanes, le di-  
go á usted que es un solem-  
ne tonto

Mel. ¿Tonto?



Fab. Tonto, o quizá un grandísimo picaro.; Haber pretendido para usted un destino como ese! Qué concepto le merece usted, que lo quiere ver de protector de la libertad de imprenta?... La carta de desvergüenzas que le había yo de enviar!

Mel.; Está usted en su juicio?

Fab.; Como si fuera usted algun liberalillo de tres al cuarto, sin hacerse cargo de que la mucha prudencia y sabiduría que adornan á usted

te, hacen aborrecer esa diabólica libertad de imprenta, y cuanto huelga á moderno con cien leguas....

Mel. ¡Sesenta mil reales!

Fab. Creería el muy bobo que iba usted á caer en ese anzuelo.... mal conoce la providad de usted....

Mel. De forma es, y de manera::: si el viento mudara... En pocos dias llegaba á ver á ese señor...

Fab. Para artarlo de desvergüenzas...



Mel. Para darte mil millones  
de gracias.

Escena 9.<sup>a</sup>

Dichos. Don Luis.

Lui. Buenas tardes, señores.

Mel. Deme usted un abrazo, que  
en estos casos todos los dis-  
gustillos se acaban, y peli-  
llos a la mar.

Lui. Pero; qué hay de bueno?

Mel. Ahí es una friolera! No sa-  
be usted con el hombre que

está hablando: lea usted, lea usted.

Dale la carta,  
Don Luis lee lee en  
silencio.

Fab. Estoy aturdido sin entender á usted, ni saber lo que le pasa....

Mel. Pues es muy sencillo: que estoy loco de contento.... Carlota, á usted le aqueará el tratamiento, que no quiero engreirme: nosotros señor Don Fabian, siempre amigos.

Fab. ¿Con qué usted va á tomar el empleo?

Mel. A dos manos... ¡Pues no, que sería uno tonto á los cuarenta años!



Deposito  
en sobre la  
carta

Luis. No me atrevo á darte á usted la enhorabuena; porque creo que es insultarle: el destino es asombro para hombres que piensan como yo, y ven en la libertad de imprenta el principal apoyo de toda justa libertad. Pero las opiniones son libres; y una vez que usted la juzga perniciosa y casi herética, no habrá dudado sobre el partido que debe tomar...

Mel. ; Yo dudar!... Nada de eso.

Luis. Con una simple renuncia del empleo cumple usted con su conciencia, y no se mezcla en

cosas que cree opuestas á la  
hombria de bien...

Mel. La verdad, Señor Don Luis, yo  
esta mañana me acaloré un  
poco, hablando de esa liber-  
tad; y quizá se me deslizará  
de la lengua algun dispara-  
te: cuando la legitima au-  
toridad dice que es buena, y  
la permite en España, sus  
razones tendrá, y no será tan  
mala como yo creía....

Luis. ¡Declamaba usted tanto con-  
tra ella!

Mel. Todo es bueno y malo en es-



se mundo, segun la clase de  
hombres que anda en ello: si  
fuesieran á proteger esa liber-  
tad á cuatro liberales sin seso,  
seria la ruina de España; pe-  
ro habiendo nombrado hom-  
bres de pulso, pongo la com-  
paracion, (aunque parezca  
mal que yo lo diga) no hay  
que temer. Además, yo no ten-  
go que meterme á averiguar  
si es buena ó mala esa li-  
bertad: yo debo obedecer á las  
legitimas potestades, como me  
manda la ley de Dios; y ya

que me han dado un em-  
pleo, sacrificarme por la pa-  
tria, y trabajar por ella has-  
ta el fin de mi vida.

Luz. Habla usted con mucha pru-  
dencia.

Mel. Yo lo de menos era renun-  
ciar el empleo, que todos los  
destinos no traen mas que de-  
saxones; pero si renunciara, di-  
rian las malas lenguas que  
era por estar me ocioso, y he-  
cho un olgazan como hasta,  
ahora. Y por cierto, que no  
ha sido culpa mia; que yo he  
puesto todos los medios para



trabajar, aunque hubiera sido en una canongia; pero no ha querido la suerte que hasta ahora haya sido útil al estado; en fin, mas vale tarde que nunca.

Qui. Me parece Don Fabian, que está usted cabibajo y pensativo, sin tomar parte en la patriótica alegría de este caballero...; ¿qué tiene usted?

Fab. Nada.

Mel. Ciertamente es extraño; pero no tenga usted cuidado, que en llegando allá tambien se

cabrará usted su gran empleo.

Fab. Yo no quiero nada, nada.

Lui. Me parece que el señor Don Meliton va desertando del partido de ustedes: y al fin se ha de pasar al bando de los liberales....

Mel. Yo siempre soy del que manda, como buen vasallo.

Fab. En verdad que no era usted tan obediente hace algunas horas. Mientras mas amigos mas claros: le confieso a usted que me he llevado un gran chasco: yo crei que usted aborrecia esas re-



formas y proyectos liberales,  
 porque los creia contrarios  
 a su conciencia; y ahora veo,  
 que con la golosina del des-  
 tino, le faltan a usted dos  
 dedos no mas para hacer  
 la apologia de la libertad  
 de imprenta.

Lui. ;Conozca usted lo que pue-  
 de un empleo!

Tab. Para los hombres de bien no  
 puede nada, si compromete-  
 ren en ello las opiniones que  
 han manifestado, y apreci-  
 an mas su buen concepto que

el bajo interes. La verdad, re-  
pito á usted Don Meliton,  
que me he llevado un gran  
chasco, y que creia á usted  
mas consecuente.

Mel. Yo hago lo que me acomoda,  
y no tengo que dar cuenta  
á nadie. Si tale á usted  
de gobierno.

Jab. Parece que va usted alzando  
el gallo, y no ha diez minu-  
tos parecia una ovejita. Pues  
yo para nada te necesito, que  
no pienso imprimir sino es  
alguna papelota de convite ó  
de entierro.



Mal. Yo soy hombre agradecido,  
pero no me dejó pisar de na-  
die.

Lui. Usted es un grandísimo hipó-  
crita, que ha tenido engaña-  
do a mi bondadoso amigo, que  
ahora empieza a conocerlo.  
Sea usted, Don Sabian, por  
qué especie de hombre iba  
a romper nuestra antigua  
amistad, y hacer infelices a  
dos pobres muchachos. Pero  
aun es tiempo de remediarlo  
todo.

Mal. A mí nada me importa;

que ya gracias á Dios, no  
tengo que estar á cara de na-  
die, y lo pasare como un prin-  
cipe, en tomando posesion de  
mi empleo.

Lui. Diga usted á que estienda el  
título el mancebo de la boti-  
ca inmediata.

Ayuntamiento de Madrid

Mel. ¿Qué mancebo?

Lui. El mismo que le ha envia-  
do la buena noticia.

Mel. Hombre... ¿qué dice usted?...  
Acabe usted de explicarse...

Lui. ¿Conque usted habia creido con a  
miracion  
y frialdad  
lo del empleo?

Mel. Pues, ¿no está aquí la carta?...

Ayuntamiento de Madrid



Qui. Por señas que yo la he nota-  
do, valiéndome de lo que me  
dijo usted esta mañana; y  
el manco de la botica me  
hizo favor de escribirla, haci-  
éndolo tan a' mi gusto, que  
le regalé medio duro. Y le de-  
be usted estar muy agrade-  
cido, que yo no le señalaba  
mas que treinta mil reales  
de sueldo, y el muchacho fué  
tan rumboso que le dobló  
la tara.

Mel. Usted... se chanza...

Qui. Ahí cerca está el manco

bo que no me dejará mentir; y la moza de la posada á quien entregué la carta y una peseta para alfileres, con encargo de que dijese Juan que la había traído el cartero.

Mel. Don Fabian, ó Don Macho, ¿no vió usted que el sobre no traía ningun sello?

recogiendo  
el sobre de  
carta

Fab. Si usted no lo vió y le interesaba; ¿me había yo de fiar en esas menudencias?

Mel. Yo... como había escrito á don Cosme... y no conocia su letra... y el correo había llegado esta mañana... Pero, de todos mo-



dos, señor Don Luis, esto no se  
hace con ningun hombre blan-  
co: y puede usted ir con sus  
chanzas peradas á quien se las  
supra: si no mirara que no quie-  
ro perderme... Por vida de!..

---

Cocena 10.  
Ayuntamiento de Madrid

---

Dichos. Don Teodoro.

---

Teod. ¿Qué voces son estas?

Lui. Nada de cuidado: aqui el señor  
Don Meliton que está á pun-  
to de desajarme....

Teod. Deje usted que yo lo tranqui-  
lice...

Lui. Juicio, Teodoro: cuando los a-  
mantes estan delante de sus  
queridas, no deben tratar mas  
que de enamorarlas; ahí tie-  
nes á tu Carlota; díse algu-  
nas ternuras, que el Señor Don  
Fabian no está ahora para  
reparar en pelillos.

Fab. Dejemle usted; que la burla  
ha sido tambien para mi.

Lui. La burla ha sido para el  
taimado egoista, que la ha  
merecido; para usted no es  
mas que el desengaño....



Fab. Un poco picante...

Lui. Pero muy provechoso... Ahora empezará usted á conocer á muchos de los que tratan de estraviar al pueblo, inquietando á las gentes sencillas y pintándoles como nocivas al Estado y contrarias á la religion las mas saludables reformas; solo porque se oponen á su propio interes.

Fab. Le juro á usted no llevarme otro chasco en mi vida.

Mel. Creo, señor Don Fabian, que esta broma que yo he pro-

curado seguir, fingiendo lo mejor posible, no entibiara nuestra amistad. . . .

Fab. ¿Quiere usted insultarme, despues de haberme espuesto á la risa de todos, y á que hiciera infeliz á mi hija? Suya usted con Dios, y no abuse de mi paciencia: que la culpa me tengo yo, por haber dado oídos á un hipócrita tan perjudicial.

Mel. ¿Eso es, que no hay remedio?

Fab. Ni soñarlo.



Mel. Pues mire usted: ahora mismo voy á dar cuenta á la justicia, de que don Luis es un falsador de cartas, y voy á perder á todos ustedes.....

Burlarse de mí! Y sino tengo nada de que acusarlos, los delato á todos por francmasones.

Escena II.

Dichos, menos Don Meliton

Geo. Dejenme ustedes, que yo la

haré ir mas de prisa....

Lui. Estate quieto: que harto trabajo tienen esas gentes con ser conocidas. La lastima es, que no siempre hay cartas y empleos fingidos: ni todos son tan dóciles para recibir un desengaño, como lo ha sido nuestro honrado amigo.

Fabi. Y, desengaño que nunca olvidaré.

Luis. ¿De veras?

Fab. Voy a' darle á usted una prueba de mi conversion: Teodoro, abraza á tu Carlota.

Teo. ¿Yes, como han cesado nu- abrazando  
la



estros males?

Par. ¡Qué placer tan inesperado!

---

Escena 12.

Dichos. Juan.

---

Qua. Nada mas tengo que saber: Señorita, cuidado con mi regalo de boda.

Par. Si, Juan; y será tan cumplido, como lo es ahora el contento de mi corazón.

Fab. ¡Y para mi no hay abrazo, Teodora.

Teod. Con toda mi alma acercando

Lui. No se acerque usted, ni me recuerde nunca mi anterior necesidad.

Carl. Ya llegó el feliz instante de aí, Dda  
que me llame usted hijamía.

Lui. Y con mil amores... Pero ahora vamos a dar un paso antes que anochezca; los muchachos irán hablando de su boda, como es natural; y nosotros aun que no conocemos mucha gente en este pueblo iremos notando en los que pasen algunos Don Meli.



278  
tones.

Bab. Creo que no faltarán.

Luis. Usted ya los ha conocido, ¡ojalá á todos les suceda otro tanto.

Luis